SINESIO DELGADO

La obra de la temporada

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS EN PROSA ORIGINAL

MÚSICA DE

JOAQUÍN VALVERDE

Estrenada en el **Teatro de Apolo** el día 22 de Marzo de 1904.



MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1904

A su buen amigo Manuel Suarez García.

Sinesio Delgado

LA OBRA DE LA TEMPORADA

LA OBRA DE LA TEMPORADA

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

JOAQUÍN VALVERDE

Estrenada en el **Teatro de Apolo** el día 22 de Marzo de 1904.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1904

ADVERTENCIA

Conste que si esta obra se da á la estampa, contra la costumbre establecida para las que han sido rechazadas ruidosamente, no es como protesta contra el fallo del público, que el autor acató inmediatamente retirándola del cartel.

Se imprime por las siguientes razones:

Primera: Porque el ilustre senado promovió, al terminar la representación, un escándalo sin precedentes en la historia de los estrenos accidentados, pidiendo el garrote vil para el autor y alborotando con verdadera furia durante una hora, con el pretexto de que, no habiéndose ejecutado más que cuatro cuadros de los cinco anunciados y habiendo caído el telón antes de tiempo, se le había hecho objeto de una burla al quitarle un buen rato de expansión honesta.

Segunda: Porque la prensa, con pocas excepciones que son de agradecer, recogió al día siguiente esta equivocada idea del público y atribuyó además el fracaso á la osadía del autor, que fustigaba sin piedad y sin pizca de ingenio á la humanidad entera: autoridades, público, actores, periodistas, autores, músicos y danzantes.

Y *tercera:* Porque el mismo Sr. Gobernador civil de la provincia se creyó en el caso de aplicar un co-

rrectivo enérgico á la empresa, haciéndola responsable del escándalo y suponiendo que en algunas escenas se le faltaba al respeto.

Por estas tres razones se imprime *La obra de la temporada*, el esperpento más grande que vieron los siglos, según lo opinión general (exceptuando la del autor, naturalmente): para que aquellos que la puedan leer entera, sin caérseles de las manos por sosa, deslavazada y vulgar, verdaderas causas del fracaso á juicio de las personas sensatas, se convenzan de que esta zarzuela se compone de cinco cuadros y los cinco se representaron sin quitar una letra; de que en ella no hay injurias ni diatribas violentas contra nadie, ni la más pequeña alusión mortificante para el público ni para la prensa, ni la más leve falta de respeto á la moral ni á las buenas costumbres, ni al Excmo. Sr. Conde de San Luis, cuya vida guarde Dios muchos años.

Los únicos que pueden darse por aludidos son los que, por ser parientes ó conocidos de las criadas de las tiples, se creen con derecho á asistir gratis á los espectáculos, y los empresarios que pretenden salvar las temporadas improvisando revistas sin pies ni cabeza, con evidente perjuicio del buen gusto, de los mismos autores y de su propio bolsillo las más veces.

Dígase en conciencia si esto es un delito tan grave que merezca la horca y ocasione conflictos de orden público y cargas de caballería.

Y esto es cuanto había que decir para justificar la impresión de una obra silbada.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Montánchez........	D.ª Joaquina Pino.
Amparo.............	» Isabel Brú.
Aurora..............	» Julia Mesa.
La Borrell...............	» Pilar Vidal.
Remedios............	» Adelina Fernández.
Atilano.............	D. Emilio Carreras.
El señor Felipe.........	» José Mesejo.
Pons.....................	» Bonifacio Pinedo.
El Representante......	» Vicente Carrión.
Gálvez..................	» Miguel Álvarez.
Serrano..............	» Antonio P. Soriano.
Un Guardia..............	» Melchor Ramiro.
El Avisador..........	» Andrés Ruesga.
El Segundo apunte...	» Manuel Rodríguez.
Un Chico...........	» Arturo Cotte.

Coristas, carpinteros, guerreros.

ÉPOCA ACTUAL



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Saloncillo de un teatro. Al foro puerta grande que comunica con el escenario. Á cada lado dos puertas de cuartos de artistas numerados en esta forma: primera derecha, núm. 2; segunda, núm. 1; primera izquierda, núm. 3, y segunda, núm. 4. Un piano con su silla entre las dos puertas de la izquierda. Un gran cuadro con fotografías de actrices colgado en la pared entre las dos de la derecha. Divanes rojos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

SERRANO, en mangas de camisa, con pantalón de soldado de caballería, duerme como un bendito en el diván del foro derecha.—LA MONTÁNCHEZ y el CORO general cantan dentro.

Música.

MONTÁN. Un murcielaguito
se entra de rondón,
chilla la criada
que está en el fogón,
y de miedo tiemblan
los niños chiquitos
porque les asustan
los murcielaguitos.

CORO. Con razón, con razón, con razón.
¡Ay qué feos, qué negros que son.

MONTÁN.
¡Ay, que malditos
murcielaguitos
que las calles recorren á oscuras
y van y vienen
y se entretienen
dando sustos á las criaturas!
¡Maldición, maldición, maldición!
¡Ay qué feos, qué negros que son!

CORO.
¡Ay qué malditos
murcielaguitos (etc., etc.).

ESCENA II

SERRANO, dormido.—AMPARO.—REMEDIOS.—EL SEÑOR FELIPE. Salen por el foro. La segunda con un lío de ropa.

Hablado.

AMPARO. Me parece que llegamos tarde. Remedios, deje usté eso en el cuarto y pregunte al celador en qué están. (La criada entra en el cuarto número 4, deja el lío y vuelve á salir y se va por el foro.) Siéntese usté ahí un momento; (En la silla del piano.) ahora mandaré por el vale. (¡Valiente pepla me ha caído con este buen hombre!)

FELIPE. Gracias, es comodidá. Ya me sentaré cuando entremos en el cuarto.

AMPARO. No; si en el cuarto no puede usté entrar porque tengo que vestirme.

FELIPE. No importa. Soy de confianza. Conmigo no hay cumplidos. (Vuelve á salir Remedios por el foro.)

REMEDIOS. Señorita, acaban de cantar el tango del murciélago.

AMPARO. Entonces sobra tiempo. Busque usté al avisador y dígale que pida de mi parte en contaduría un vale de .. ¿qué localidad quiere usté, señor Felipe?

FELIPE. Ce. Celipe. Me llamo Celipe.

AMPARO. Por muchos años.

FELIPE. ¿Qué pieza echan ustedes ahora?

AMPARO. Una que se ha estrenado hace poco. «La golfa desdichá.»

FELIPE. Da.

AMPARO. ¿Qué?

FELIPE. Desdichada; vamos, en Madrid creo que se dice desdichada.

AMPARO. No, señor, no, ¡desdichá! Ahora le gusta mucho al público que le quiten letras de los títulos.

FELIPE. Y eso ¿es de mucha risa?

AMPARO. ¡Ca, hombre! La otra tiple, que es la golfa, tiene que matar de una puñalada á un conde que mató á su madre.

FELIPE. ¡Ay, ay, ay! Pues entonces que me den una cosa cómoda por si me duermo.

AMPARO. (Á Remedios.) Un vale de una butaca para la tercera. (Vase Remedios.) Pero siéntese usté, hombre, que va á tardar un rato.

FELIPE. Ya que usté se empeña... Con permiso. (Se sienta. Óyese dentro una nutrida salva de aplausos. Amparo se queda oyéndolos.)

AMPARO. Las quintillas de la Montánchez. ¡Claro! La *clac* tiene la orden...

FELIPE. Pues yo creí que estas piezas que echaban ustedes en este teatro eran todas para reirse uno.

AMPARO. Antes había algo de eso; pero se descubrió que aquello no era arte, y ahora hacemos llorar casi siempre.

FELIPE Vaya, vaya. Entonces me ha engañado mi sobrina. Cuando supo que tenía que venir á Madrid me dijo dice: Mire usté, tío; en cuanto llegue usté á Madrid vaya á ver á la señorita Amparo, á quien he servido tanto tiempo, y tendrá usté dos gangas: una, que como es tan buena no le dejará á usté ir á la posada de ninguna manera, y otra que le llevará á usté gratis todas las noches á su teatro y se tumbará usté de risa.

AMPARO. ¿Sí, eh? ¿Todas las noches? ¡Qué graciosa!

FELIPE. Y ¿qué papel hace usté en eso de la golfa, si se pué saber?

AMPARO. ¿Yo? Un monaguillo.

FELIPE. ¿Usté? ¡Vamos! Lo que usté quiere es burlarse de mí porque soy de pueblo.

AMPARO. No, hombre, no; en el séptimo cuadro hay una boda y salimos á cantar en la sacristía, vestidos de monaguillos, el tenor cómico, yo y todo el coro de señoras

FELIPE. ¡Atiza!

AMPARO. Ya lo verá usté luego. (Vuelve á salir Remedios.)

REMEDIOS. Señorita, ya ha ido el avisador por el vale.

AMPARO. Pues entre usté á vestirme. (Vase Remedios al número 4.) Y usté se espera aquí hasta que lo traigan, y en seguida se va usté á la sala.

FELIPE. Sí, señora; sí; está entendido. (Entra Amparo en el 4). Pues señor, ¡qué cosa más rara! Treinta monaguillos en una iglesia y cantando todos en la sacristía... ¡Y luego dice que no es de risa eso!

ESCENA III

SERRANO.—FELIPE.—EL REPRESENTANTE.

REPRES. Buenas noches.

FELIPE. Servidor. (Durante esta escena hace un cigarro y lo enciende.)

REPRES. (Viendo á Serrano.) ¡Ah! aquí está. Ya me lo figuraba yo, y hecho un tronco, como de costumbre. (Zarandeándole.) ¡Serrano!

SERRANO. (Desperezándose.) ¿Qué pasa, hombre?

REPRES. Despiértese usté de una vez, que hace usté falta.

SERRANO. (Sentándose.) ¿Yo? Pues ¿en qué están?

REPRES. Acabando la segunda.

SERRANO. Déjeme usté en paz, hombre. Yo no trabajo hasta la cuarta.

REPRES. Si es que tiene usté que hacer el papel de Aguirre en «La golfa», y sale usté en cuanto se levanta el telón.

SERRANO. ¡Qué! ¿Han despedido á Aguirre?

REPRES. No; pero ha mandado aviso á última hora de que le han hecho daño unos caracoles y no puede venir.

SERRANO. Pero si yo no he ensayado ese papel. ¡Que lo haga otro!

REPRES. Es usté el único que queda libre en la tercera.

SERRANO. ¡Diga usté que siempre me encajan á mí las sustituciones, porque no puedo chillar y dejar colgada á la empresa.

REPRES. Pero si eso lo hace usté sin sentir. Es un papel de guardia segundo que no tiene más que una pasadita y seis palabras. Vamos, vístase usté en seguida.

SERRANO. ¡Ca, hombre! Yo no subo ahora á mi cuarto. Diga usté al chico que me baje el capote y la teresiana.

REPRES. A escape lo trae. Pero no se vaya usté á dormir á otra parte luego. (Vase corriendo por el foro.)

SERRANO. ¡Eso es lo que debia hacer para que no se abusara de mis treinta reales! (Vuelve á tumbarse.)

ESCENA IV

SERRANO.—FELIPE.—EL AVISADOR.—Luego UN CHICO.

AVISAD. (Á Felipe.) ¿Es usté el del vale de la señorita Berzosa?

FELIPE. Sí, señor; ¿qué hay?

AVISAD. Aquí lo tiene usté. Fila quince.

FELIPE. Muchas gracias. ¡Ah! oiga usté. ¿Y por dónde se va al teatro?

AVISAD. Sale usté por aquí, tira usté por el primer pasillo de la izquierda; en la segunda puerta hay una escalera, sube usté y llega usté á un salón, tira usté por la derecha y sale á un pasillo; al final hay otra escalera, baja usté y llega usté á un patio. En la tercera puerta de la izquierda hay otro pasillo, tira usté hacia la derecha y hay una mampara. Empuja usté y sale al vestíbulo. Por allí se entra. (Vase.)

FELIPE. Me he enterao. Tiro por el pasillo, tiro por la escalera, tiro por el patio, tiro por la mam-

para... Me parece que sería más fácil tirar hacia mi pueblo. (Vase.)

(Sale por el foro un chico con un capote y teresiana de guardia.)

CHICO. ¡Señor Serrano!

SERRANO. ¿Qué?

CHICO. Aquí queda la ropa. (Lo deja todo en el diván y vase.)

SERRANO. Vamos allá. (Empieza á vestirse.) Y con este son veinte los papelitos que hago de pronto en la temporada. Hasta que el público me lo agradezca un día y la empresa me plante en la calle sin considerar que yo no tengo la culpa. ¡Otro guardia! Más de cien veces he salido este año á decir chistes en gallego... ¡Anda! ¿y las botas? ¡No; pues no me l s quito! Todo se reduce á que este guardia sea de caballería... ¡Bueno! No me han traído el sable. (Acercándose al foro.) ¡Guardarropa!.. Sí; ahora viene. (Salva de aplausos dentro.) Se acabó la segunda con las palmadas de reglamento, y gracias. Vaya, tendré que molestarme en ir á buscar el arma homicida. (Vase. Se repiten los aplausos como si el telón se hubiera levantado de nuevo al terminar la obra. Al oirlos sale de su cuarto Amparo vestida de monaguillo, con peluca de hombre, y se acerca á la puerta del foro á escuchar.)

ESCENA V

AMPARO.—LA MONTÁNCHEZ.

Música.

AMPARO. ¿Otra vez las palmadas?
¡Eso es raro! ¿Qué habrá?

(Se acerca al foro á tiempo que le cruzan de derecha á izquierda grupos de coristas y actores en trajes caprichosos.)

Es que acaba la obra
y ha aplaudido la *clá*.

(Para disimular que estuviese escuchando se dirige al piano rápidamente y finge que toca, á tiempo que aparece la Montánchez en

el foro. La sigue una doncella que abre la puerta del cuarto número 2 y entra en él.)

MONTÁN. Buenas noches, Amparo.

AMPARO. Buenas noches, Matilde.

MONTÁN. ¿No has oido el tango?

AMPARO. He llegado tarde.

MONTÁN. Mañana al traspunte
diré que te aguarde.

AMPARO. No tengo interés,
¿por qué he de mentir?

MONTÀN. (Pues quieras ó no,
lo tienes que oir.)
Pues hace mucho efecto, sobre todo
la parte que principia de este modo:
«Ay qué malditos
murcielaguitos,
que las calles recorren á oscuras,
y van y vienen
y se entretienen
dando sustos á las criaturas!»

AMPARO. ¡Ja, ja, ja, ja!

MONTÁN. ¡Ja, ja, ja, ja!
Pues eso siempre
se aplaudirá.

AMPARO. Ya sabes que no quise
hacer ese papel.

MONTÁN. Porque es poquita cosa
para fijarte en él.

AMPARO. El tango está muy bajo
para mi tessitura.

MONTÁN. Y el autor ha creído
que no estás en figura.

AMPARO. Matilde, por favor,
no me hables del autor,
porque es un musiquito
más malo que un dolor.

MONTÁN. Pues hace mucho efecto, sobre todo
la parte que principia de este modo:
«¡Ay qué malditos
murcielaguitos!
¡Ay qué feos, qué negros que son,
y van y vienen
y se entretienen

dando vueltas por la población!»

AMPARO. Porque el público es bueno.

MONTÁN. Porque es bueno y es raro.

AMPARO. Buenas noches Matilde.

MONTÁN. Buenas noches, Amparo.

(Entran cada una en su cuarto, cerrando tras sí las puertas.)

ESCENA VI

ATILANO.

(Asoma tímidamente por la puerta del foro. Luego se va atreviendo á avanzar poco á poco reconociendo el terreno que pisa.)

ATILANO. ¿Tengo yo cara de primo de un carpintero? Yo creo que no. Yo creo que más bien parezco un chico de la aristocracia. Pero por las mujeres hace uno locuras, y esta señorita Berzosa me ha trastornado el juicio. En cuanto la vi en una función de tarde salir á la luz de unas bengalas con unas mallas de color de cereza y diciendo: «yo soy el placer, yo soy el amor», me dije: Atilano, estás perdido. Esa mujer te mete en el teatro, porque eres capaz de hacerte cómico si es necesario para conseguir que ella te quiera. Y desde entonces ni en la tienda doy pie con bola ni dejo de venir á mi butaca de orquesta con la mejor ropa que tengo. A mí se me figura que ya la he chocao, porque mira mucho hacia donde yo estoy; pero no me atrevo á corresponder á las miradas porque me acuerdo de las mallas y me pongo también de color de cereza. Para salir de dudas, he conseguido que un carpintero me meta en el escenario diciendo que soy primo suyo, y traigo estas cuatro líneas misteriosas (Saca una carta.) de mi puño y letra para dárselas en propia mano y echar á correr en seguida. (Leyendo.) «Una persona que no puede vivir sin usté desea saber si es correspondida, y espera la contestación esta misma noche.—A.» (Guarda la carta.)

Con esta *A* y viéndome al entregar la carta, ya sabe quién es la persona. Ahora lo que necesito es valor. ¿Cuál será su cuarto?... Debe de estar ahora vistiéndose de monaguiguillo... ¡Qué rica está de monaguillo!... Número uno. ¡Ella por fuerza tiene en la compañía el número uno! ¡Sí, aquí es! (Se acerca á mirar por la cerradura del cuarto número 1, y sin querer da una cabezada en la puerta.)

BORRELL. (Dentro, con purísimo acento catalán.) ¡Eh! ¿Quién anda en la porta? (Atilano se retira asustadísimo y se deja caer en el diván, á tiempo que se abre violentamente la puerta y aparece la SEÑORA BORRELL despeinada y á medio vestir de cualquier cosa.)

ATILANO. ¡No es ella!

ESCENA VII

ATILANO. LA BORRELL. Luego EL REPRESENTANTE.

BORRELL. Pues hombre, ma gusta. ¿Quería vosté algo á á mi marido?

ATILANO. Señora... ¿yo?

BORRELL. (Furiosa.) Sí, vosté, vosté, que es el que ha tropesat con el cap en la serradura.

ATILANO. ¡Que no he sido yo! Debe haber sido un chico.

BORRELL. ¡Un chico .. un chico!... Esto se va á acabar. (Gritando junto al foro.) ¡Selador, selador! ¡Vinga! (Sale el Representante.)

REPRES. ¿Qué es eso, señora Borrell?

BORRELL. Que esto ya es una indesensia, señor Ramírez; que aquí hay una porsión de sinvergüensas que anan á mirar por los ulls de las claus.

REPRES. Déjeme usté en paz con las claus ahora. ¿No estaba aquí Serrano?

BORRELL. No lo sé ni me importa. miri. (Con muy malos modos).

REPRES. Pues á mí sí, porque me va á poner en un compromiso.

BORRELL. Qué, ¿se va á cambiar la tersera? ¡Malegraría molt!

REPRES. No se cambia nada. Pero le habia yo dicho que se vistiera para hacer el guardia segundo en sustitución de Aguirre, que se habia puesto malo por cenar caracoles, y ahora resulta que Aguirre está mejor y ha venido. Tengo que decir á Serrano que se desnude, porque si se presentan los dos á hacer el mismo papel, me va á echar un rapapolvo la empresa.

BORRELL. Y con rasón. Aqui no hay formalitat ni res. ¡Ah! Quisiera yo que viera vustet los teatros de Barselona en estos lanses...

REPRES. (Sin hacerla caso.) Y vaya usté á buscar á Serrano ahora... Se habrá dormido por ahí en cualquier parte. Si viene por aquí, dígale usté que se desnude, que ha venido Aguirre.

BORRELL. ¿Yo? ¡Díguilo vosté si vulgue! Y tinga cuidat con los insolentes, que no respetan á las donas. (Entra en su cuarto.)

ATILANO. (Esto de las donas va conmigo.)

REPRES. Y usté ¿á quién busca, joven?

ATILANO. A... busco á... un carpintero que le llaman el Chato, que es pariente mío.

REPRES. Pues el Chato no tiene que venir aquí para nada. Está en el telar. Venga usté conmigo.

ATILANO. (¡Al telar! ¿Y cómo doy yo la carta en el telar?)

REPRES. La empresa no quiere que haya en el saloncillo gente extraña.

ATILANO. (¡Me llama gente extraña! Me hace falta una recomendación para la empresa.)

REPRES. Vamos.

ATILANO. Sí, señor, sí. (Tengo que dar esquinazo á éste.) (Vanse foro.)

ESCENA VIII

GÁLVEZ.—Luego LA MONTÁNCHEZ.—Después ATILANO.

GÁLVEZ. (Saliendo del cuarto núm. 3 vestido de monaguillo exactamente igual que Amparo cruza la escena canturreando y llama en el núm. 2.) ¡Matilde!

MONTÁN. (Dentro.) ¿Quién?

GÁLVEZ. Soy yo; Gálvez.

MONTÁN ¡Ah, voy en seguida!

GÁLVEZ. No me cabe duda de que Angelita la Rubia está en las butacas. Esa mujer me persigue, y no voy á tener más remedio que decirla cuatro cosas. Pero, señor... ¡si me persiguen tantas! (Ábrese la puerta y aparece La Montánchez con peinador.)

MONTÁN. ¿Qué hay?

GÁLVEZ. Me han dicho que tiene usté la parte de apuntar de «La Golfa».

MONTÁN. Sí; me la he llevado á casa para fijar los cortes. Ahora iba á devolverla.

GÁLVEZ. Pues hágame usté el favor, porque yo tampoco los conozco y sentiría tener un tropiezo esta noche.

MONTÁN. Esta noche, ¿eh? ¿Tiene usté alguna conquista fuera?

GÁLVEZ. Pts... se hace lo que se puede.

MONTÁN. (Después de un momento en que entra en su cuarto y saca un rollo de papeles de música.) Ahí va, y usté dispense. Voy á acabar de vestirme. (Éntrase y cierra.)

GÁLVEZ. Gracias. (Tarareando se dirige al piano, lo abre, coloca les papeles en el atril y los examina. Canturreando.) Do, mi, do, mi, fa, do, fa, do... Justo, aquí está el corte. A ver cómo han hecho el enlace. (Toca el piano lentamente fijándose mucho en las notas.)

ATILANO. (Saliendo por el foro.) Me escapé. ¡Caramba! (Viendo á Gálvez.) ¡Qué suerte! ¡ella sola! (Avanzando un poco.) ¡Qué mona está con la peluca! Animo, Atilano; de este momento solemne depende la felicidad de tu vida. (Saca la carta, se acerca de puntillas, contemplando amorosamente á Gálvez, la deja caer sobre el piano y huye por el foro, asustado de su propia osadía. Gálvez ve caer el papelito, se asombra, vuelve la cabeza y le ve huir sin decir una palabra. Cuando el otro ha desaparecido grita:)

GALVEZ. ¡Joven! ¿Qué es esto? ¡Joven! Una carta... ¡Si me lo estaba figurando! (Abre el sobre.) ¿A ver? (Leyendo.) «A.» Justo; Angelita. No ha podído

resistir más tiempo la pobre. (Lee bajo.) Voy á contestarla ahora mismo. ¡Hay que aprovecharse! (Entrase en el núm. 3.)

ESCENA IX

El Avisador.—Un Guardia (por el foro). —Después Atilano.

Avisador Espere usté aquí un momento. Voy avisar al representante y vendrá en seguida. ¿Pasa algo?

Guardia. (De muy mal humor.) Pasa lo que tenía que pasar. Que anoche se han cantao *cuplés* políticos en «La golfa» y el gobernador ha puesto al delegao como un guiñapo.

Avisador. ¿Anoche? ¡Pero si anoche no pasó nada!

Guardia. ¿Cómo que no? ¡Y salió el público de la cuarta cantando el himno de Garibaldi! Y la autoridad no puede consentir que los cómicos soliviante á las masas y toreen al gobernador, ¿estamos? Por eso vengo yo con otro compañero esta noche. Para presenciar la representación y echar el telón en cuanto se hable tanto así de la cosa pública.

Avisador. ¿Y si se arma un escándalo?

Guardia. ¡Que se arme! Ahí está la fuerza para reprimirlo suavemente.

Avisador. Bueno, bueno; pues voy á avisar al representante.

Guardia. Vivo ¿eh? que aquí espero. (Vase el Avisador. El Guardia se pasea por el escenario.) Hay que cortar por lo sano en estos conflictos teatrales, porque el prestigio de la autoridad es lo primero. (Se fija en el cuadro de fotografías. Se acerca y lo examina detenidamente.) ¿Eh? ¿Qué le parece á usté? ¡Vaya un modo de retratarse que tienen estas señoras!... Y ésta del rinconcito se ha colocao en una postura ¡que ya, ya!... Se la ve hasta la rodilla. ¡Qué! más arriba de la rodilla. (Sigue mirando el cuadro atentamente. Sale Atilano por el foro con ciertas precauciones.)

Atilano. Ya se habrá enterado y éste es el momento

de hacerme el encontradizo. (Viendo al Guardia.) ¡Anda! Todos buscándole por ahí, y éste aquí tan fresco. Voy á hacer un favor á la empresa para irme congraciando. (Se acerca á él y le toca en el hombro.) ¡Chist! Amigo.

GUARDIA. (Volviéndose bruscamente.) ¿Qué se ofrece?

ATILANO. Desnúdese usté.

GUARDIA. ¡Cómo! ¿Que me desnude? ¡Pero qué dice este hombre!

ATILANO. Sí, hombre, sí; ya no hace usté falta.

GUARDIA. ¿Eh?

ATILANO. (Con cierto misterio.) Ha venido Aguirre.

GUARDIA. Dele usté recuerdos.

ATILANO. Se le pasó en seguida lo de los caracoles.

GUARDIA. Pero ¿qué tontunas está usté diciendo? ¿Qué mé importan á mí los caracoles ni Aguirre y quién es usté para decirme que me desnude?

ATILANO. ¡Anda salero! ¡Le hacen á usté un favor y se enfada.

GUARDIA. Ahora mismo va usté á explicarse e arito ó se viene usté á la delegación por desacato.

ATILANO. ¿Yo? ¿Yo desacato? (Sale el Avisador por el foro.)

AVISAD. Guardia. Que haga usté el favor de subir á la dirección un momento. (Vase el Avisador.)

GUARDIA. Voy. Espéreme usté aquí. ¡Tengo yo que saber qué es eso de Aguirre! (Se dirige el foro, donde aparece el señor Felipe con el vale en la mano y le detiene.)

ATILANO. ¡Era un guardia de veras! ¡María Santísima!

ESCENA X

DICHOS.—FELIPE.—Luego GÁLVEZ.

FELIPE. Señor guardia, ¿quiere usté decirme por dónde se sale al teatro?

GUARDIA. ¡Por el infierno! Déjeme usté en paz. (Vase.)

FELIPE. ¡Hombre! ¡Qué finura!

ATILANO. ¿También á usté le pasa algo?

FELIPE. Que la señorita Berzosa, que es como de la familia, me ha regalao una localidad para ver la función y me pierdo en los pasillos.

ATILANO. ¡Cómo! ¿Es usté pariente de Amparito?

FELIPE. Casi casi, porque soy tío carnal de una doncella que estuvo en su casa muchos años.

ATILANO. ¡Ay señor paleto! Usté podía hacerme un favor muy grande.

FELIPE. Celipe; me llamo Celipe. ¿Cuál favor?

ATILANO. Decirla que soy el de la carta.

FELIPE. (Riéndose.) Pero ¡qué! ¿está usté enamorado de ella?

ATILANO. Como una caballería menor.

FELIPE. Pues me da el corazón que no le va á hacer á usté caso.

ATILANO. ¡Quién sabe! Si yo pudiera hablarla, tratarla... ¡Si yo fuera cómico y trabajara con ella! ...

FELIPE. Pues hombre, eso es muy fácil. Busque usté una recomendación y andando. Cómico lo pué ser cualquiera.

ATILANO. ¿Yo? Yo representar á su lado... ¡Ay! Me moría de gusto...

FELIPE. Pues á ello.

ATILANO. Señor Felipe, me ha dado usté una idea luminosa. En cambio le voy á enseñar á usted la salida.

FELIPE. Sí, hombre; que ya estoy hasta aquí de mamparas y de pasillos.

ATILANO. Y luego... á revolver cielo y tierra para entrar en la compañía.

FELIPE Hala. (Vanse hacia el foro. Sale Gálvez de su cuarto, ve á Atilano, le reconoce y le llama.)

GÁLVEZ. ¡Joven! ¡Eh, joven!

ATILANO. (Volviendo la cabeza.) ¿Es á mí?

FELIPE. A mí no ha de ser, criatura.

GÁLVEZ. Hágame usted el favor, con permiso.

ATILANO. Dispense usté. (Se acerca á Gálvez.) Usté dirá.

GÁLVEZ. (Al oído de Atilano.) A Angelita, que sí.

ATILANO. (Asombrado) ¿A Angelita? ¿Quién es Angelita?

GÁLVEZ. No se haga usted el tonto, hombre. La de la carta.

ATILANO. (Con más asombro.) ¿Otra? ¡Otra carta!

GÁLVEZ. No, hombre; la misma. La que me dejó usté en el piano.

ATILANO. (Con horror.) ¡Eh! Pero... ¿era usté quien estaba junto al piano?

GÁLVEZ. ¿Quién había de ser?

ATILANO. (Verdaderamente aterrado.) ¡Ay!..! ¡Ay!... ¡Socorro! ¡Yo me pongo muy malo! (Se tambalea. Se acerca Felipe y le sostiene.)

FELIPE. ¿Qué? ¿Qué es eso?

GÁLVEZ. Pues, señor, esto es chusco.

FELIPE. ¿Un vahido? ¿Qué le pasa á usté, hombre?

ATILANO. (Dejándose caer medio desmayado en brazos de Felipe y con voz apagada.) Nada. Que me ahogo..¡ ¡que me muero!... (Pegando la boca al oído del otro y con la angustia pintada en el semblante.) ¡Que me he declarado al tenor cómico! (Se desmaya. Estupefacción cómica de los otros dos. Cuadro.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Pasillo sin muebles. Puerta con portier en el centro. Sobre ella un letrero que dice: «Dirección».

ESCENA XI

LA MONTÁNCHEZ.—Luego ATILANO.

(Sale la Montánchez por la puerta del fondo apresuradamente y el portier cae tras ella. Casi al mismo tiempo se oye dentro una voz que dice:)

VOZ. (Dentro.) ¡Matilde! ¡Oiga usté, Matilde!

MONTÁN. (Alzando de nuevo el portier y hablando hacia adentro.) Qué, ¿accede usted ó no? (Pausa.) ¿Condiciones? Ya las he dicho. O en la obra nueva hago yo el papel de mariposa ó me marcho. (Sale Atilano por la derecha y se queda contemplándola.)

ATILANO. ¡La Montánchez! ¡Qué guapa es también ésta! ¡Si yo me atreviera á pedirla que apoyase mi pretensión!

MONTÁN. (Hablando hacia adentro. ¿Que lo tiene ella repartido? Pues que lo haga ella. Abur. (Pausa corta.) Nada; no oigo nada. (Deja caer el portier y va á salir por la derecha. Atilano se detiene saludando.)

ATILANO. Señorita, si no molesto...

MONTÁN. Usted dirá.

ATILANO. Pues verá usté; yo soy calagurritano.

MONTÁN. ¿Y eso qué es?

ATILANO. Que he nacido en Calahorra. Vine á Madrid de pequeñito...

MONTÁN. ¡Ay, hijo! Si lo toma usté de tan lejos no vamos á acabar nunca..

ATILANO. ¿Lo ve usté? ¿Ve usté cómo molesto?

MONTÁN. No, hombre, no; adelante.

ATILANO. Bueno, pues vine y entré en una tienda de comestibles, y luego en una tienda de objetos de escritorio y luego en una tienda de sedas...

MONTÁN. Bien; despache usté pronto.

ATILANO. ¿Que despache? ¡Si no he hecho otra cosa en mi vida! Pero á mí lo que me tira es el teatro; traigo una carta de recomendación para el empresario de aquí, y si usté quisiera apoyarla... Puede que usté me recuerde... Vengo siempre que puedo á las butacas de la derecha.

MONTÁN. Pues no; no recuerdo...

ATILANO. Es verdad que usté no se ha fijado. La que se ha fijado es la otra.

MONTÁN. ¿La otra? ¿Quién?

ATILANO. La señorita Berzosa, que yo creo que...

MONTÁN. ¡Calle! Pero ahora comprendo... ¿Usté es el hortera que está enamorado de la... ¡Ay! usté dispense.

ATILANO. No hay de qué ¡Qué se le va hacer! Así nos llaman.

MONTÁN. Y por lo que quiere usté ser del teatro es por verla, por hablarla...

ATILANO. Sí; sí señora.

MONTÁN. Y la hará usté el amor á todas horas y en todas partes...

ATILANO. Justo; si me atrevo.

MONTÁN. Y no la dejará usté ni á sol ni sombra...

ATILANO. ¡Ay, sí! Eso quisiera.

MONTÁN. Y ¡claro! ella, al verse en ridículo, tendrá que saltar de la compañía. (Aparte) He cometido una torpeza; ¡pero qué venganza tan entretenida! (Pausa corta. La Montánchez finge cavilar.) ¡Calle usted!

ATILANO. ¡Si no he abierto la boca!

MONTÁN. Digo que calle usted, que se me ha ocurrido una idea. ¿Usted se atrevería á trabajar en una obra nueva que estamos ensayando?

ATILANO. ¡Anda! ¡Ya lo creo! ¿Es bonita?

MONTÁN. No es obra. Es un esperpento. Pero la empresa, cansada de hacer preciosidades artísticas que no traen gente, se ha decidido á poner una mamarrachada con muchos trajes y muchas decoraciones.

ATILANO. ¿De las de «soy el placer, soy el amor?»

MONTÁN. De esas. Todos confían mucho en el éxito, que creen que va á ser la salvación de la temporada; pero habrá que retrasar el estreno porque yo acabo de despedirme.

ATILANO. ¿Sí? ¡Qué lástima! Tan guapota y tan... ¡ay! usté dispense.

MONTÁN. No hay de qué, hombre. Me he despedido porque los autores se empeñan en que yo no haga la mariposa.

ATILANO. ¡Qué brutos!

MONTÁN. ¿Eh? ¡Ay! Usté hará carrera, joven. Usté tiene madera.

ATILANO. ¿Sí?

MONTÁN. De fijo. Ya llama usted brutos á los autores.

ATILANO. No, si lo digo porque estaría usted tan mona con unas alitas...

MONTÁN. Gracias. Pero para que usté vea lo que me intereso por usté ahora mismo voy á decir que me quedo en la compañía con la condición de que usted entre en ella.

ATILANO. ¿De verdad? (¡Ay! también la he chocao como á la otra.) Señorita, usté es un ángel, usté es una mariposa, usté es...

MONTÁN. Nada No tiene usted que agradecérmelo. Al revés. Me hace usted un favor muy grande.

ATILANO. ¿Si?

MONTÁN. Sí señor. Usted me va á servir para castigar á Amparo, y al empresario, y á los autores.

ATILANO. ¿Yo? ¿Yo sirvo para esas cosas? ¿Cómo?

MONTÁN. Ya lo verá usté. Entre usted conmigo. (Entra en la dirección.)

ATILANO. ¡Ay, ay, Atilano! Esta mujer te adora. Quiere... no sé lo que quiere. ¡Amparito! No tengas cuidado. ¡Tuyo ó del ejército! Voy en seguida. (Al alzar el portier, aparece por la izquierda el señor Felipe y le llama.)

ESCENA XII

ATILANO. — FELIPE.

FELIPE. ¡Eh! Buen amigo.

ATILANO. ¡Calla! El paleto. ¿Qué se ofrece?

FELIPE. (Haciendo la pregunta colocado frente al público.) ¿Quiere usté decirme por dónde demonios se entra en el escenario?

ATILANO. (De mal humor y entrando en la dirección rápidamente.) Todo derecho.

FELIPE. Todo derecho, todo derecho. (Dudando de que aquello pueda ser, puesto que frente á él está el público. Sin embargo, avanza lentamente hasta llegar á las candilejas por el lado de la concha. Casi tocando en la batería se detiene.) Pues por aquí no es. (El director de orquesta da dos golpes fuertes con la batuta indicando que va á empezar el número.) ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Es á mí? (Empieza el número con un fuerte en la orquesta. Felipe se asusta.) ¡Caracoles! (Echa á correr por la derecha.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

El escenario en un ensayo. Los carros sin bastidores, y éstos y una porción de trastos colocados unos sobre otros en la pared del foro. Bancos y sillas formando semicírculo en torno á un piano sesgado á la derecha de la concha. En el fondo otras sillas.

ESCENA XIII

El MAESTRO tocando el piano. PONS y AURORA cerca de él, de pie, frente al público. El coro general en los bancos, las señoras en los de costado y los caballeros en los de frente, todos con sus *particellas*. El REPRESENTANTE á la izquierda, apoyado en un carro, hablando con el segundo apunte, que durante todo el cuadro ha de andar de un lado para otro dando las salidas. En las sillas del foro formando grupo GÁLVEZ, SERRANO, la MONTÁNCHEZ y AMPARO.

Música.

MUJERES. Que salga ese payaso.
HOMBRES. Presente.
MUJERES. ¿Dónde está?
HOMBRES. Aquí con su chiquilla
saltando viene ya.
TODOS. Hagamos entre todos
que se detenga
que quiera ó no,
y cante cuatro coplas
con esa gracia
que Dios le dió.
PONS. No puedo, amigos.

CORO. Sí puedes. Canta.
PONS. Estoy enfermo
de la garganta.
CORO. Con un vaso de vino
se quitará.
PONS. Gracias. Está muy bueno.
Pues allá va.

—

Ruiseñor, que en la rama
tienes el nido,
no te asomes al valle,
canta escondido,
y no aprenderás nunca
las cosas malas
que hacen los pastorcitos
con las zagalas.
Ruiseñor, ruiseñor,
que pía en la enramada
cuando se pone el sol.
CORO. Ruiseñor, ruiseñor.
¡Cante la chica!
Calle el payaso.
Para alegrarla
vaya otro vaso.
AURORA. Gracias, amigos,
¡qué bueno está!
CORO. Canta bailando.
AURORA. Pues allá va.

—

Mariposilla de alas preciosas,
entre los lirios y entre las rosas
revolotea
por el jardín.
Mira que sube, mira que viene,
mira que baja, que se detiene,
que se ha posado
sobre un jazmín.
Por aquí,
por allá,
la atrapé
y aquí está.
¡Miralá, miralá, miralá!

CORO. La atrapó
y aquí está.
miralá, miralá, miralá.

AURORA. ¡Ay qué bonita la mariposa,
con sus alitas color de rosa!
Presa la tengo,
ya no se ve.
¿Quién me la coge, quién me la quita?
Corro con ella, que es muy bonita,
y en una caja
la guardaré.
¡Ay de mí!
¿Qué hice yo?
La solté.
Se escapó.
¡Ya voló!
¡Se acabó, se acabó, se acabó!

CORO. Ya se fué,
ya voló.
¡Se acabó, se acabó, se acabó!

Hablado.

PONS. Este número está de clavo pasat. Es gana de molerle á uno. (Retírase al foro.)

AURORA. Y á una. (Vase. El maestro cierra el piano y vase también.)

REPRES. El coro ha concluído hasta el ensayo de las cuatro. Pueden ustedes retirarse. (Los coristas se levantan y se van.) ¡A ver, fuera esos bancos! (Dos carpinteros quitan los bancos y se llevan el piano lo más rápidamente posible. Al segundo apunte.) Llama para la escena de los orientales.

APUNTE. No ha venido Aguirre.

REPRES. ¿Tampoco hoy? ¡También es frescura! ¡El día del estreno! ¿Ha mandado recado?

APUNTE. Nada. Ahora ha ido el avisador á buscarle. Tampoco han venido los autores.

REPRES. Esos no hacen falta. Conque lleguen á tiempo el pintor, el sastre y el atrezzista estamos al cabo de la calle. La obra es de ellos. Y á propósito; mientras sabemos si viene ó no viene Aguirre, vamos á probar otra vez la

maquinaria del final del cuadro sexto, que siempre se enreda.

APUNTE. (Voceando y separándose del Representante.) ¡Cañizares! El trasto de las rocas. (Durante el diálogo siguiente y hasta el momento oportuno los dos carpinteros acercan un trasto que figura unas peñas, dispuestas de modo que á su debido tiempo se abran en dos puertas por medio de cuerdas.)

AMPARO. (Viniendo á primer término y acercándose al Representante.) Diga usté, Ramírez, ¿se pasa mi escena?

REPRES. Ya lo creo.

AMPARO. Pero si no ha venido Aguirre.

REPRES. Aunque no venga. Se cubre la figura. La obra está anunciada, y esta noche se estrena aunque caigan capuchinos de bronce.

AMPARO. Pues el caso es que tenía que ir á casa de la modista.

REPRES. Ya irá usté luego.

ESCENA XIV

DICHOS. — FELIPE.

FELIPE. (Saliendo 1.ª derecha.) ¡Buenas tardes nos dé Dios!

AMPARO. (¡Se hundió la casa!)

FELIPE. (Á Amparo.) ¡Hola! por fin topo con usté. Pues he llegao sin saber cómo, porque no he podido encontrar la mampara.

AMPARO. ¿Qué? ¿Ocurre algo?

FELIPE. ¡Qué ha de ocurrir! Que se le ha olvidao á usté pedir el vale para esta noche.

AMPARO. Pero, hombre, ¡si hay estreno!

FELIPE. ¡Mejor! Cuando las butacas cuestan á duro es cuando yo quiero una gratis.

AMPARO. (Al Representante.) ¿Eh? ¡qué sencillo y qué franco es! Da gusto. (Á Felipe.) Bueno, pues ahora no puede ser. Hasta que se acabe el ensayo... (Retírase al grupo del foro.)

FELIPE. Me esperaré, no tengo que hacer nada.

REPRES. Sí; póngase usté por ahí en cualquier parte. Vamos á despachar pronto. (*Á los carpinteros y al segundo Apunte que acaban de armar el trasto de las peñas.*) ¿Está eso listo? Vamos á ver. Cuando el señor Gálvez dice «¡no hay quien me ampare!» se abre la roca y aparece un enano con una linterna. Gálvez, haga usté el favor de decirlo. Desde ahí; es igual.

GÁLVEZ. (*Sin moverse de su silla del foro.*) ¡No hay quien me ampare! (*Los carpinteros tiran de las cuerdas y se abren las puertas disimuladas en la roca.*)

REPRES. Muy bien. Ya os podéis llevar el trasto. Vamos ahora á ver el escotillón. ¿Hay gente abajo?

APUNTE. Sí; dos asistencias.

REPRES. Pues á ver. Cuando el señor Serrano, que es el trovador, se acerca á la reja de su amada y da una palmada fuerte, suena una campana chinesca, desaparece el castillo entre chispas y se hunde el suelo de repente, tragándose al trovador con guzla y todo ¿Estamos? Señor Serrano, haga usté el favor de ponerse sobre la trampilla y dar la palmada.

APUNTE. Las chispas no saldrán ahora.

REPRES. No importa. La cuestión es que el escotillón juegue. Venga. (*Serrano, que se ha colocado sobre el escotillón da una palmada, y el escotillón se hunde con él lentamente.*)

ESCENA XV

DICHOS. — ATILANO (*por la izquierda.*)—Luego EL AVISADOR.

ATILANO. ¿Se puede?

REPRES. ¡Muy bien! Arriba ya y cargar eso.

ATILANO. Allá voy. No contestan. (*Avanza decidido á saludar al Representante hasta llegar al borde mismo del agujero del escotillón. Todos los que están en escena dan un grito, que le asusta y le detiene.*)

REPRES. ¡Quieto!

FELIPE. GÁLVEZ. SERRANO. ¡Eh, eh!

AMPARO. MONTÁN. REMED. ¡Ay, que se mata!

(Simultáneamente.)

ATILANO. ¿Qué pasa? ¡Caramba! Me han asustado ustedes.

MONTÁN. (Reconociendo á Atilano y levantándose de la silla con el propósito de acercarse.) ¡Si es mi hombre!

ATILANO. (Viendo que por el escotillón va saliendo poco á poco la figura de Serrano.) ¡Calla! ¿Qué es esto que sube? (El escotillón se cierra por completo.) ¡Hola, amigo! Me alegro de que haya usted llegado sin novedad.

SERRANO. (Secamente.) Gracias. (Vuelve á su silla del foro, y poco después se levanta y se va con Gálvez por la izquierda.)

REPRES. Pero ¿qué busca usté?

ATILANO. ¿Yo? Nada. Soy de la casa. Vengo al ensayo.

REPRES. ¿Qué es eso de la casa?

MONTÁN. (Acercándose á primer término, seguida de Pons.) Yo se lo explicaré á usted, Ramírez.

ATILANO. Eso; esta señorita le dirá... (¡Qué suerte tengo!)

MONTÁN. Este joven es recomendado mío, ¿sabe usted? La empresa dice que venga por aquí, que se acostumbre á las tablas, y si alguna vez cae algún papelito...

PONS. (¡Otro meritorio! Estos meritorios son una polilla. ¡Había que escarmentar á uno!)

REPRES. (Aparte á la Montánchez.) Pero ¡qué han de caer papelitos! Demasiado sabe usté que... (Siguen bajo.)

ATILANO. (Mirando á Amparo, que sigue en el foro.) Allí está. ¡Qué preciosidad! No se ha fijado. ¡Vaya un vuelco que la va á dar el corazón en cuanto me vea. (Sale el Avisador 3.ª izquierda.)

AVISAD. (Al Representante.) El señor Aguirre que le dispensen el ensayo, porque está muy grave.

ATILANO. Habrá vuelto á comer caracoles.

AVISAD. Y que verá si puede hacer un esfuerzo y venir á la noche.

REPRES. ¡A la noche, á la noche! ¡Y se atreverá á estrenar la obra sin saber siquiera por dónde sale!

AVISAD. Eso me ha dicho. (Vase.)

MONTÁN. De modo que no se pasan sus escenas.

REPRES. ¿Cómo que no? ¿Y los demás? Cubrirá cualquiera la figura.

PONS. Y digo yo. Ya que está aquí este señor, ¿por qué no pasa su papel por si acaso?

REPRES. (¡Hombre, por Dios!

PONS. Déjele ustet. Nos reiremos un rato ya que no han vingut los autores.)

MONTÁN. Dice bien Pons. (Á Atilano.) ¿Usted se atreve?

ATILANO. ¿Yo? ¡Pues no me he de atrever!

REPRES. Pues á ello. Tiene usté razón (Á Pons.), pasaremos el tiempo. De todos modos, Aguirre hará lo de siempre y vendrá á la noche.

APUNTE. ¡Señorita Berzosa!

ATILANO. ¡Con ella! ¡Voy á ensayar con ella!

MONTÁN. Dígame usted, Ramírez, ¿tendré tiempo de ir á casa de la modista?

REPRES. Tarda usté en salir unos diez minutos.

MONTÁN. ¡Ah! Pues voy y vuelvo en seguida. (¡Yo te aseguro que esta noche no viene Aguirre!) (Vase.)

PONS. Animo, compañero, empiesa ustet con suerte.

ATILANO. ¿Qué tengo que hacer?

PONS. Repetir lo que le diga ese señor que está en la concha.

ATILANO. ¿Nada más lo que diga ése?

PONS. Nada más.

ATILANO. ¡Ah! Pues eso es muy fácil.

AMPARO. (Al Representante.) Pero ¿voy á hacer la escena con semejante mamarracho?

REPRES. No haga usté caso. Es una broma de Pons.

PONS. (A Atilano.) Basta con que vustet se ponga en situasión.

ATILANO. ¿En situasión de qué?

PONS. En situasión, hombre. En el caso del personaje que representa. Mire ustet. Aquí, en esta obra, ustet es la civilizasión oriental.

ATILANO. ¿Yo? ¿Yo soy la civilización? Me parece mentira.

PONS. Sí, señor; representada por un guerrero antiguo que viene á ponerse en contacto ¿comprende? con las nasiones adelantadas de Europa. Aquella señorita en Francia.

ATILANO Me alegro mucho.

PONS. Y ustet la hase el amor para civilizarse.

ATILANO. ¡Ay, qué gusto! Vamos, vamos á ver si me civilizo. Pero le advierto á usté que soy muy corto.

PONS. Mejor. La civilizasión oriental ya se sabe que es corta. Empiesen cuando vulguén.

ATILANO. ¡Me va á dar un calambre!

REPRES. ¿Estamos? Venga letra. Usté es un príncipe de Oriente que preside la fiesta rodeado de guardias.

ATILANO. Pero ¿de guardias de verdad? Porque mire usté que yo los confundo.

REPRES. No se preocupe usté de eso. Esta señorita se adelanta y la saluda. Usté se prenda de ella inmediatamente.

ATILANO. No me voy á atrever.

REPRES. (Al apuntador.) Venga.

ATILANO. Que verá usted como no me atrevo.

AMPARO. (Adelantándose y saludando.) Señor...

ATILANO. ¡Qué rica! ¡Me llama señor!

REPRES. ¡Cállese usté, hombre! Y adopte una postura majestuosa.

ATILANO. ¿Es buena ésta? (Casi en jarras.)

REPRES. Regular. Y no hable usté solo.

ATILANO. Es verdad; nada más lo que me diga ése.

AMPARO. Señor: mi país, que recibe siempre con los brazos abiertos á todos los potentados de la tierra, arde en deseos de demostraros su amor y su admiración profunda.

ATILANO. ¿Ahora yo? ¿Verdá? (Oyendo al apuntador.) Her... hermosa joven.—¿Voy bien, eh?—Ale... (Al apuntador)—¿Cómo?— Alegría de la huerta, digo, de Occidente... Perra enjaulada.—¿Eh? ¡Ah, no!—Perla engarzada en la corona...

PONS. No, hombre, no; mes brío, mes pasión. ¡Póngase en situasión, noy; miri. (Muy de prisa y muy

borroso.) Hermosa goven, alegría de Osidente, perla enjaulada en la corone de los mundos... Así, claridat, molta claridat...

ATILANO. ¿Claridad, eh? Pues no le he entendido á usté una palabra.

AMPARO. Dejele usted, Pons; que si no, no acabamos nunca. (Vase Pons riendo.)

REPRES. Adelante.

AMPARO. En mi seno amoroso reclinarás tu cabeza augusta.

ATILANO. Que no me diga eso de augusta, que me sofoco mucho.

AMPARO. Y en cuanto caiga la noche, atravesaré silenciosamente el campamento, y te pediré el honor de que me recibas en tu tienda...

ATILANO. ¿En cuál de ellas?

REPRES. ¡Cállese, hombre!

AMPARO. Para ceñir con mis brazos tu cuello bronceado aún por el sol abrasador de las Indias.

ATILANO. ¿De las Indias? No, no; eso hay que enmendarlo si hago yo el papel.

REPRES. ¿Cuál?

ATILANO. Lo de los brazos al cuello no; eso que quede, que me gusta bastante. Lo otro; lo del sol de las Indias. Hay que poner el sol de Calahorra, que es de donde he venido.

AMPARO. ¡Ja, ja, ja! (¡Es tonto!) Vaya, abur. (Medio mutis.)

ATILANO. ¡Cómo! ¿Se marcha sin el abrazo?

AMPARO. Diviértanse ustedes solos, que no estoy para hacer la triste figura. (Se acerca á donde están Remedios y el señor Felipe.)

ATILANO. ¡Oiga usté! ¡Que se va! ¡Que me deja solo con los guardias!

REPRES. Amigo, no sirve usté para el teatro.

ATILANO. ¿Que no sirvo? Ponga usté á Díaz de Mendoza en mi lugar, sin haber leído el papel, y á ver si lo dice más de corrido. (Siguen bajo.)

FELIPE (Á Amparo.) Bueno, ¿y el vale?

AMPARO. Ahora irá Remedios á decir que se lo entreguen á usté en contaduría. (Vase izquierda.)

FELIPE. ¡A contaduría! ¡Que vaya á contaduría! Pero ¡qué empeño tienen de hacerme andar por los

pasillos, hombre! (Se acerca lentamente al Representante y Atilano.)

ATILANO. ¿Quedamos en eso?

REPRES. No, señor; no quedamos en nada.

ATILANO. Pero, hombre, ¿y si no viene Aguirre?

REPRES. Aunque no venga Aguirre. ¡Déjeme usté en paz! (Se separa de él en el momento en que se acerca el señor Felipe.)

FELIPE. Joven, ¿quiere usté acompañarme á contaduría?

ATILANO. Hombre, sí. Voy á quejarme al empresario.

FELIPE. ¿Ya?

ATILANO. Sígame usté. Me siento cómico.

FELIPE. ¡Lástima de chico! (Vanse los dos por la derecha.)

REPRES. Ruiz, vamos al ensayo general, que ya es la hora.

APUNTE. Pero si se han ido todos.

REPRES. No importa; llama al coro, que ese no falta nunca.

APUNTE. Pero, señor Ramírez, ¿de veras se va á hacer el estreno esta noche?

REPRES. ¡Aunque se hunda el mundo! Estas obras malas, ensayadas así, con todas las dificultades, son las que suelen dar dinero. Conque á ello, ¡aunque tenga que hacer el protagonista ese infeliz que acaba de marcharse! (Vuelven á salir por la izquierda Felipe y Atilano.)

ATILANO. No, no es por aquí. Me he equivocado yo también, y es que no sé dónde tengo la cabeza... «perla de Occidente, alegría enjaulada...»

FELIPE. Pues si trabaja usté esta noche ya pué usté andar con ojo, porque en cuanto se tuerza usté le silbo.

ATILANO. ¡Hombre! ¿usté? ¡No faltaría más! ¡Con la butaca gratis!

FELIPE. ¡Anda! ¿Qué cree usté, que no he aprendido nada con estar en el saloncillo por la noche? Los que venimos gratis somos los que silbamos. (Vanse izquierda.)

APUNTE. ¡Coro general!

REPRES. ¡Adelante!... y sea lo que Dios quiera.

Música.—Mutación.

CUADRO CUARTO

Telón de cuadro.

Música.

PRELUDIO

ESCENA XV

PONS.

Hablado.

(Al concluir la orquesta sale por la derecha, de frac encarnado y calzón corto, se adelanta á la batería y dice:)

Respetable público: Un acsidente ocurrido á última hora ha obligado á la empresa á alterar el reparto de la obra que vamos á tener el honor de representar. Un actor de la compañía acaba de sufrir una indisposición, que se cree pasajera, por haber sido producida por la ingestión extemporánea de moluscos en malas condiciones. La dirección, deseando no demorar un estreno que tanta expectación ha despertado, por tratarse, como consta en los sueltos de contaduría, de una producción original de reputados autores, ha aceptado el ofrecimiento de un joven del comercio de esta plaza, que se ha brindado, sin preparación de ninguna clase, á *ejecutar*, en

toda la extensión de la palabra, el papel del señor Aguirre. Para facilitar su misión se ha suprimido toda la parte hablada, no sólo porque el debutante pudiera tropezar en ella, sino porque no tenía nada de particular tampoco, dicho en confianza. Pero como la figura hase falta en escena, saldrá, confiando en la benevolencia del respetable público. Bona nit y dispensin. (Saluda y vase por la derecha.)

Música.—Mutación.

CUADRO QUINTO

Selva fantástica. En primer término izquierda la roca practicable que se probó en el tercer cuadro.

ESCENA XVII

CORO DE SEÑORAS, que salen en formación de marcha, caprichosamente vestidas representando las naciones civilizadas europeas.

Música.

CORO. (Saliendo.) La nata y flor del mundo
marchando viene,
y el carro del progreso
no se detiene.
Siga el avance,
marchemos más;
siempre adelante,
nunca hacia atrás.
Para buscar la perfección
manda el impulso la mujer
que proporciona al corazón
refinamientos de placer.
Ella es eterno manantial
de la alegría y del valor;
para una empresa colosal
el acicate es el amor.
Para el valiente que combate noche y día
ella es la fuente
de la energía.
Para el cobarde que desmaya al pelear

ella es el fuego que le anima sin cesar.
La humanidad va progresando á todo trance.
No la detienen
en el avance.
Y si la paran al buscar la perfección,
salta impetuosa como el agua del turbión.
Corramos, pues,
sin descansar
en incesante batallar.

(Evolucionan al compás de la marcha y vienen á quedar al fin en formación como al principio.)

Corramos, pues,
sin descansar
en el continuo batallar.
¡Que nadie cese de avanzar!
Para buscar la perfección
manda el impulso la mujer...

(Etc.), etc.)

El placer
y el amor
dan al hombre energía y valor.
¡Viva el amor!

(Quedan formadas á la derecha.)

ESCENA XVIII

DICHO.—LA MONTÁNCHEZ (Italia), AMPARO (Francia) y PONS (Inglaterra).

LAS DOS. (que salen corriendo y riendose á carcajadas por la última izquierda.)
¡Ja, ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja, ja!

MONTÁNCHEZ. La gracia y la hermosura
no alteran la tiesura
de la severa Albión.
¡Ja, ja, ja, ja!

AMPARO. Por eso se asegura
que humana es la figura
y el alma de cartón.
¡Ja, ja, ja, ja!

PONS (Saliendo muy grave.) Señoras, un poco
de formalidad.

LAS DOS.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
Ríe con nosotras
y así gozarás.

PONS. ¡Jamás!

LAS DOS. ¿Que no?

PONS. ¡Jamás!

MONTÁNCHEZ.
Tiene risueño el cielo
la patria mía,
como el vergel florido
de Andalucía.
Besa mis pies amante
risueño el mar,
y el aura perfumada
ríe al pasar.

PONS. ¡No he de reir!

MONTÁNCHEZ. Ya lo verás.

AMPARO.
Risueña es la montaña
donde he nacido,
y el valle que en la falda
tiene escondido.
Y en carcajadas locas
hirviendo están
las espumas brillantes
de mi champán.

PONS. No he de reir.

AMPARO. Ya lo verás.

LAS DOS.
Ríete, que siempre
para una mujer
la risa es un arma
que ayúda á vencer.
Ríe á carcajadas,
ríe, por favor,
y caeré en tus brazos
rendida de amor.

PONS. ¿Eso es verdad?

LAS DOS. ¡Ja, ja, ja, ja!

LAS TRES.
¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja,
ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

(Siguen riendo hasta que la música indique el final.)

Hablado.

PONS. Señoras y señoritas: Europa, salva alguna ligera excepción que no quiero nombrar por no molestar al auditorio, está completamente civilizada; pero seríamos egoístas si no procurásemos extender los beneficios del progreso á las remotas regiones donde no han llegado todavía. Y los extenderemos, sin duda, ora con halagos y buenas palabras, ora á cañonazo limpio si es menester. Por de pronto recibamos dignamente á cuantos salvajes pretendan visitarnos. ¿Estáis preparadas? ¡Adelante el ilustre huésped!

ESCENA XIX

Música.

(La orquesta repite los primeros compases de la marcha del principio del cuadro y con ellos salen por el foro izquierda ATILANO, vestido de príncipe oriental, con una ropa que le está grande, y su acompañamiento de guardias. Estos, evolucionando, se colocan en fila en el centro de la escena. Atilano se pone al frente sobre el escotillón.)

Hablado.

PONS. Rindamos homenaje á las civilizaciones muertas.

ATILANO. ¿Cómo muertas?

PONS. ¡Silencio!

MONTÁN. (Adelantándose un poco.) Saludo al noble guerrero que viene en representación del poderoso Oriente.

ATILANO. ¡Pero si vengo en representación de Aguirre!

MONTÁN. Y le traigo el beso de amor que le envía la sin par matrona que duerme reclinada en el Adriático.

ATILANO. ¡Qué bien! Me trae un beso. (La Montánchez hace una reverencia y torna á ocupar su sitio.) Pero se lo

vuelve á llevar al Adriático. (Se adelanta un poco Amparo.) Aquí está la otra. A ver si me conoce con estos arreos.

AMPARO. Extranjero.

ATILANO. ¡Anda! y tenía que llamarme señor... Es que no me ha conocido. Debe ser por la barba.

PONS. ¿Qué hace usted?

ATILANO. Descubrirme, para que sepa con quién habla.

AMPARO. Mi país, que recibe con los brazos abiertos á todos los potentados de la tierra. (Se abre violentamente la puerta disimulada en las rocas y aparece el señor Felipe con el vale en la mano.)

ESCENA XX

DICHOS.—FELIPE.—Al fin UN GUARDIA.—EL REPRESENTANTE

FELIPE. ¡Gracias á Dios que encontré la mampara! (Asombrado al hallarse en escena.) ¡Recontra! ¿qué es esto?

PONS. ¡Eh, eh, fuera! (Sin moverse.)

MONTÁN. ¡Váyase usted! (Idem).

AMPARO. ¿Dónde va usté? (Idem.)

FELIPE. ¡Ay! Me atortolo. (Dirigiéndose á la concha y hablando con el apuntador.) ¿Qué? ¿Qué dice usté, buen hombre? ¿Que me vaya por el foro? ¿Pero dónde está el foro? (Se vuelve y repara en Atilano.) ¡Caramba! ¿Ustéaquí de mamarracho?

PONS. Fuera de ahí. (Sin moverse de su sitio.)

ATILANO. ¡Que me echa usté á perder la carrera! ¡Quítese usté! (Le da un violento empujón que le obliga á tambalearse.)

FELIPE. (Furioso.) ¿Qué es eso de dar puñetazos? ¡A mí nadie me ha pegao dos veces! ¡Toma! (Le da un bofetón que suena mucho. Casi simultáneamente suena una campana chinesca, surgen ramilletes de chispas de todas partes, se hace el oscuro en la escena y se hunde el escotillón con Atilano y el señor Felipe, que siguen peleándose. Asombro en los demás.)

ATILANO. ¡Ay, ay! ¡Socorro!

FELIPE. ¡Señor gobernador!

ATILANO. ¡Por Dios! ¡Un salvavidas! (Desaparecen en el

foso. Sale corriendo el Guardia por la izquierda. Voces, chillidos y barullo general.)

GUARDIA. ¡Ese telón abajo ahora mismo!

PONS. Pero, oiga usté.

GUARDIA. No oigo. ¡Aquí se ha hablado del gobernador y á la autoridad no se la mienta para nada! ¡El telón he dicho!... (Cae rapidamente el telón de boca. Delante de él sale el representante.)

REPRES. El respetable público comprenderá que en estas condiciones es imposible continuar la representación. Las esperanzas de la empresa se han ido al foso, como ha visto el respetable público, á no ser que por un exceso de benevolencia, perdone esta serie de tropezones y desatinos. (Se retira.)

Música.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¿Quo vadis?, zarzuela de magia disparatada en un acto en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *¿Quo Vadis?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos en verso y prosa, música de los maestros Morera y Vives.

El rey mago, cuento para niños en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en las principales librerías y en el domicilio del autor, calle de Don Ramón de la Cruz, 21, hotel, á donde pueden dirigirse por carta los pedidos.

Se considerará fraudulento, para los efectos de la ley, todo ejemplar que carezca del sello del autor.

Precio: UNA PESETA.